

ORIÓN

El poder de las estrellas

R. J. Sandor



Prólogo

Hace millones de años, la Tierra fue el reino de criaturas colosales: los dinosaurios. Era salvaje, dominada por bestias imponentes y selvas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Pero todo cambió en un instante.

Un meteorito de unos diez kilómetros de diámetro irrumpió desde las profundidades del espacio y se estrelló en lo que hoy conocemos como el golfo de México. El impacto de Chicxulub desató una energía tan brutal como la detonación simultánea de millones de bombas atómicas. El cielo se cubrió de cenizas y escombros, y el sol desapareció detrás de un velo oscuro durante años.

La devastación fue absoluta. Las criaturas más grandes y poderosas perecieron. Un silencio sepulcral cayó sobre el planeta.

Y sin embargo... la vida no se rindió.

En lo profundo de la tierra, entre cenizas y escombros, diminutos microorganismos resistieron. Portaban la chispa de un nuevo comienzo. Desde lo más inhóspito, inició la regeneración: lenta, tenaz, casi invisible al principio. Como una flor que brota en medio del desierto, la Tierra volvió a respirar.

Pero el meteorito no solo trajo destrucción. Al fragmentarse contra la Tierra, parte de su materia —impregnada de com-

puestos prebióticos— fue lanzada de vuelta al espacio. Esos fragmentos, convertidos en posibles semillas de vida, cruzaron la oscuridad como chispas buscando un hogar.

Viajaron por la galaxia, cayendo en mundos desconocidos. En la mayoría, fueron vencidos por atmósferas tóxicas, gravedades aplastantes o temperaturas letales. Pero en unos pocos... la vida encontró refugio. Y floreció.

Cada planeta siguió su propio curso, esculpido por leyes distintas y ambientes imposibles. En mundos de baja gravedad, los seres vivos desarrollaron extremidades largas y movimientos casi danzantes, adaptados a la levedad del terreno. En planetas bañados por soles eternos, emergieron criaturas resistentes a la radiación, con pieles que reflejaban la luz o estructuras celulares que se regeneraban en segundos. En océanos profundos y perpetuos, civilizaciones enteras crecieron bajo el agua, comunicándose con destellos de bioluminiscencia y vibraciones que recorrían el abismo.

La galaxia se volvió un mosaico vivo de formas, colores y adaptaciones. Una sinfonía de supervivencia y maravilla.

Los mundos que evolucionaron con mayor rapidez alcanzaron logros asombrosos: idearon tecnologías impensables, construyeron naves capaces de cruzar vastas regiones del espacio y superaron los límites de su comprensión. Algunos, movidos por la inquietud de la soledad cósmica, comenzaron a buscar vínculos que trascendieran la biología, la historia y la cultura.

De ese anhelo nació la Unión Galáctica.

No era un simple pacto político. Era un faro. Un símbolo de cooperación interplanetaria con un propósito claro: proteger la vida en todas sus formas y permitir que los mundos jóvenes evolucionaran sin ser alterados por influencias externas.

Y en el centro de todo... estaba la Tierra.

La llamaban el «planeta primigenio». Su desarrollo era lento, su historia convulsa, sus habitantes, impredecibles. Pero la Unión reconocía su valor único: la Tierra era el origen. El punto donde todo comenzó. El primer latido de vida conocido en la galaxia.

Protegida como un tesoro invaluable, la Tierra se alzaba como un símbolo de lo que la vida puede lograr frente a la adversidad. Pero también era un enigma: ¿cómo acompañar el desarrollo de una especie aún atrapada en sus propias luchas... sin alterar su destino?

Así nació un equilibrio frágil entre protección y no intervención. Una danza cósmica, sutil e incierta, que definiría el vínculo entre la humanidad y las estrellas.

Pese a ser la cuna de toda vida conocida, la evolución tecnológica y social de la Tierra avanzaba con una lentitud desesperante frente al vértigo de otros mundos. Sus habitantes, encadenados durante siglos a conflictos tribales, guerras religiosas y batallas territoriales, encarnaban lo más sublime... y lo más oscuro de la existencia.

Dentro de la Unión Galáctica, surgieron posturas opuestas. Algunos mundos abogaban por guiar a la humanidad hacia una nueva era de sabiduría. Otros, más cautelosos, veían su inclusión como un riesgo innecesario.

El debate se intensificó con el paso del tiempo. Nadie dudaba del genio humano, de su capacidad para crear, adaptarse y reinventarse. Pero su ambición desbordada, su tendencia a la confrontación y su codicia insaciable generaban inquietud. Sin una guía adecuada, advertían muchos, los humanos podrían poner en jaque la estabilidad de toda la galaxia.

Finalmente, en un acto sin precedentes, la Unión decidió intervenir.

En el año 1840 del calendario terrestre, la Tierra fue contactada oficialmente. Una delegación interestelar, compuesta por la líder de la Unión y tres seres más, se presentaron ante los líderes de las principales potencias humanas. Fue un encuentro que rompió todas las barreras imaginables: asombro, incredulidad, temor... y revelación.

Los gobernantes, al principio escépticos, quedaron sobrecogidos al comprender que su mundo, aparentemente insignificante, había marcado el inicio de algo mucho más grande: la vida, tal como se conocía en toda la galaxia.

Para sellar la alianza, la Unión Galáctica entregó a la humanidad un obsequio invaluable: el Proyecto Orión. Un sistema de tecnología avanzada capaz de atravesar la galaxia sin sufrir los efectos distorsionadores del tiempo-espacio. Lo que para otras civilizaciones implicaba años de viaje, para las naves de Orión era cuestión de semanas.

No era solo una hazaña tecnológica. Era una promesa. Una puerta abierta hacia las estrellas. Una oportunidad para que la humanidad dejara atrás sus límites... y se uniera al gran tejido cósmico.

Pero lo que debía ser el inicio de una nueva era se torció bajo el peso de una vieja sombra: la codicia humana.

Temerosos de perder poder, los líderes de la época decidieron ocultar la existencia del Proyecto Orión. Formaron un grupo secreto, una élite que operaría desde las sombras para custodiar —y controlar— aquella tecnología.

A este grupo se le conocería, en susurros y teorías, como Los Iluminados. Manipulaban gobiernos, guerras, acuerdos. Reescribían la historia a su antojo. Todo para mantener el poder del Proyecto Orión fuera del alcance del mundo... y en manos de unos pocos.

La avaricia y las luchas internas no tardaron en encender la chispa del caos.

En 1914, un hecho aparentemente político marcó el inicio de la Primera Guerra Mundial: el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria. Oficialmente, se atribuyó a tensiones nacionalistas. Pero la verdad era mucho más oscura.

Francisco Fernando era un disidente dentro de Los Iluminados. Había comenzado a cuestionar los verdaderos fines del grupo y amenazaba con revelar la existencia del Proyecto Orión. Su muerte no fue casual. Fue un ajuste calculado. Un crimen meticulosamente orquestado para silenciar la verdad... y preservar el secreto.

Lo que siguió fue una cadena de décadas teñidas de guerra, devastación y sufrimiento. La humanidad, atrapada en sus propios demonios, parecía perderse irremediabilmente en el abismo.

Desde las estrellas, la Unión Galáctica observaba con creciente inquietud. El Proyecto Orión, entregado como un gesto de confianza, se había fragmentado y dispersado entre las ruinas de una especie dividida.

Y entonces surgió un dilema monumental: ¿cómo recuperar el legado sin provocar una catástrofe aún mayor? ¿Cómo corregir el error de haber confiado en la humanidad... sin desatar una guerra que quebrara la ya frágil paz galáctica?

El destino de la Tierra —y de la galaxia entera— pendía de un hilo. Las decisiones que se tomarían en los años siguientes no solo definirían el futuro de la humanidad.

Determinarían si se convertiría en un faro de unión... o en el detonante de su destrucción definitiva.

Para 1945, la humanidad había dejado clara su tendencia a la autodestrucción. Dos guerras mundiales arrasaron el planeta, cobraron millones de vidas y dejaron cicatrices profundas en la memoria colectiva.

Desde las alturas del cosmos, la Unión Galáctica contemplaba con pesar el colapso de su apuesta. Habían intentado confiar. Intentado guiar. Pero todo había terminado en ruinas.

Los fragmentos del Proyecto Orión —la tecnología más avanzada jamás entregada a un mundo en desarrollo— yacían ahora ocultos entre las sombras de la guerra y la codicia. Pero lo que más alarmaba a la Unión no era la pérdida de la tecnología en sí... sino el creciente murmullo de verdades peligrosas.

Rumores. Teorías. Filtraciones veladas. Cada vez más humanos comenzaban a rozar la existencia del secreto galáctico. Y con ello, el equilibrio entero de la galaxia temblaba.

Fue entonces cuando la Unión tomó una decisión desesperada.

En alianza con un grupo muy selecto de líderes humanos, fundaron una organización secreta dentro de las recién creadas Naciones Unidas. Su misión: custodiar los restos del Proyecto Orión y proteger, a toda costa, el legado galáctico que aún ardía —aunque débil— en el corazón de la humanidad.

Este grupo, conocido oficialmente como la Operación de Inteligencia Multigaláctica, operaba bajo la fachada de un comité administrativo inofensivo. Pero su verdadera misión era mucho más profunda —y peligrosa—: localizar, ocultar y, si era necesario, eliminar todo rastro de la Unión Galáctica y del Proyecto Orión.

Avistamientos de ovnis. Luces inexplicables en el cielo. Anomalías tecnológicas. Todo era silenciado o desacreditado como simples delirios conspiranoicos. Mientras tanto, en las sombras, el departamento libraba otra guerra: enfrentarse a Los Iluminados, el grupo que aún manipulaba los hilos del poder global.

Aunque en teoría su propósito era servir como puente entre la Tierra y la Unión, la Operación pronto se desvió. La corrupción se infiltró en sus cimientos.

Surgieron facciones internas. Algunas, aún fieles a la misión original, intentaban restaurar el Proyecto Orión para el bien de la humanidad. Pero otras... otras veían en él una oportunidad de control absoluto.

Esta ala más oscura comenzó a forjar alianzas clandestinas con miembros desleales de la Unión Galáctica. Se tejió un entramado de traición, poder y ambición que amenazaba con romper el delicado equilibrio del cosmos.

En el epicentro de estas intrigas emergía una figura clave: Ovathar, un diplomático de la Unión cuya ambición eclipsaba cualquier ideal de paz o unidad. Dotado de un carisma magnético y una mente estratégicamente implacable, Ovathar tejió en silencio una alianza con líderes humanos corruptos dentro de la Operación de Inteligencia Multigaláctica.

Juntos emprendieron la búsqueda de las piezas perdidas del Proyecto Orión.

Oficialmente, su propósito era noble: reconstruir el sistema para restaurar el equilibrio galáctico.

Pero la verdad era mucho más oscura.

Ovathar tenía otro plan.

Mientras tanto, en los salones estelares de la Unión Galáctica, la incertidumbre crecía como una grieta invisible. El legado del Proyecto Orión dividía opiniones, despertando dudas y miedo.

¿Realmente merecía la Tierra un lugar entre los mundos civilizados? ¿O permitirle acceso a semejante poder solo aceleraría su autodestrucción... y pondría en peligro a toda la galaxia?

La división interna entorpecía los intentos por recuperar los fragmentos del Proyecto Orión, mientras las tensiones entre los mundos aliados se iban haciendo más profundas. La incertidumbre se pro-

ORION
EL PODER DE LAS ESTRELLAS